

# LA TERTULIA



AÑO I.

SEMANARIO JOCO-SERIO

NÚMERO 4.

DIRECTOR:  
**Mariano Giménez.**

Yecla 16 de Julio de 1911.  
SE PUBLICA LOS DOMINGOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
**Alfarerías, 8.**

Se ruega á los señores suscriptores de fuera, manden el importe de sus recibos en sellos de correo, pues de lo contrario nos veremos obligados á suspenderles el envío

## De todo un poco.

Lo ha dicho mas de uno. ¡Pero chico! ¿vosotros? Y al decirlo han puesto tal gesto de asombro en sus rostros, que parecían hallarse en presencia de un caso maravilloso y estupendo.

Si señores, nosotros, nosotros que no somos sospechosos en materia religiosa, nosotros los jóvenes casi reveldes nosotros á quienes tachais poco menos que de ateos, somos los que, dejando á un lado ridículas preocupaciones, nos dedicamos con entusiasmo á la realización de una obra de verdadera caridad. Y nos lanzamos á ella sin medios, teniendo que luchar contra toda una opinión que nos es hostil, dispuestos á sufrir humillaciones que no han de serlo precisamente, porque en materias de caridad la humillación y el sacrificio, suenan á gloria y á rehabilitación.

Y nosotros los malos, decimos á vosotros que no lo sois. ¿Habeis visitado el Asilo? ¿Habeis hablado, con aquella nueva Isabel de Hungría, toda bondad, toda ternura?

Si no lo habeis hecho, hacedlo y una vez posesionados en aquella sagrada mansión, casa solariega del sacrificio y de la virtud, vereis como en el mundo no es todo política, no es todo negocio al amparo de esta ó aquella religión, sinó que hay algo más, algo, que se escapa de los labios, de aquella superiora, que es santo, puro, que viene directamente del Altísimo, que sabe inspirar á sus hijos para que le sintamos.

Y puestos á hablar de la Superiora, no hemos de dejar de manifestar su

gran emoción, cristalizada en lágrimas de agradecimiento, cuando nosotros le dimos á leer el número de LA TERTULIA que hablaba de la suscripción.

Y siempre agradecida, repetía constantemente su asombro ante nuestra iniciativa.

—¡Los jóvenes! Que raro, ¿verdad? ¡Y acordarse de estas cosas!

Si, señores, nosotros, los rojos, los amarillos ó los negros, como quieran llamarnos, también tenemos corazón, conciencia, y esta, ha sabido dar la voz de alerta ante la situación precarísima por que atraviesan nuestros pobres, los pobres de Yecla.

Esperamos ahora, que vosotros, los poderosos y los que no lo sois, nos prestareis vuestra valiosa ayuda, contribuyendo así á la realización de tan grandiosa obra.

Y réstanos decir, que si acaso hemos pecado de inmodestos en el presente artículo, nos dispenseis, aun cuando no sea más que por el altruista fin que nos proponemos.

## CRONIQUELLAS.

### Señores elefantes.

Señores del margen; respetables émulos de la sin par Correveidile; maestros en el difícil arte del chisme; marovillosos artifices del infundio; devotos de doña Calumnia y hermanos en la gran cofradía de la Mentira; profesores en el disimulo, dueños en toda hipocresía, genticilla ruin y execrable, en la que toda maldad tiene un asiento; teneos un momento, quitad toda malicia á vuestros ojos y todo veneno á vuestras lenguas y oid á una víctima que os demanda un piadoso silencio.

¿Qué os hice yo, desdichado, para que así me comenteis los zancajos? ¿En qué estupidas andanzas ando metido para que así os maravilleis? ¿Soy por ventura discípulo aventajado de aquel Monipodio á quien tanto admirais, ó es que ando tan loco como mi señor D. Alonso Quijano, de gloriosa memoria.

Y si no es como pregunto, ¿á qué lle-

varme y traerme tan de continuo, que no hay hueso moral que no me duela?

Ténganse los habladores y guarden sus comentarios y consejos para mejor ocasión, que en esta, tan demás están como los perros en misa.

Guarden, señores míos, las viperinas lenguas en donde mejor les quepa,—y tengo para mi, que ha de ser en el reverso del ombligo—y no tienten al diablo, que bien pudiera ocurrir que se cansara de tanta punzadura, y, puesto en trance de hablar, dijera tales cosas, que á más de uno se le pusiera el rostro del color de los tomates.

En cuanto á las señoras comentaristas, dedíquense á zurcir los calcetines de sus respetables esposos y no se vengán con melindres en los que nadie cree, ni con necios aspavientos.

Y termino con un cuentecillo.

Cuentan que un alemán que leyó las obras de Quevedo, sintió tal admiración por su autor, que á toda prisa se puso á aprender el español, con el fin de venir á España y poder hablar con el gran humorista.

Cuando creyó el buen hombre saber lo suficiente, se plantó en Madrid, y sin lavarse siquiera, fué á visitar á D. Francisco.

Como le dijeran que no se hallaba en la casa, sinó en el teatro, allí se plantó el buen alemán lleno de emoción y de ansiedad. Quiso la fortuna, que el asiento que le dieran estuviese precisamente detrás del que ocupaba el poeta, cosa que llenó de alegría al buen hombre.

Mediada la representación y no pudiendo contener su impaciencia, se decidió á llamar la atención del gran hombre.

—D. Francisco, D. Francisco.

Pero este, maldito el caso que le hizo. Al poco tiempo lo volvió á llamar.

—D. Francisco: Que he aprendido el español, y he hecho un largo viaje solo por saludarle.

Pero D. Francisco seguía sin hacerle caso. Dos ó tres veces más llamó su atención, hasta que, cansado ya Quevedo, hubo de volverse y preguntarle:

—Oiga, señor: ¿Cual es el animal más grande del mundo?

Quedose el alemán meditando y al cabo de unos instantes, contestó:

—Creo que el Elefante.